627:10

TEMPESTAD Y CALMA

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

FEDERICO DE PALOMERA

Estrenado en el TEATRO LÍRICO por la Compañía Cómico-Dramática de Francisco Morano, la noche del 26 de Mayo de 1904

MADRID
Z. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1904

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TERESA	SRA. COB.
JULIA	MARTÍNEZ.
REMEDIOS	LAMIT.
SILVINO	SR. PORREDÓN.
RAMÓN	FLORIT.
ENRIQUE	NIEVA.

La acción en Madrid

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Decoración de gabinete elegantemente amueblado. Dos puertas á cada uno de los laterales. Puerta al foro.

ESCENA PRIMERA

JULIA por el foro, entrando seguida de REMEDIOS

REM. La señorita me encargó mucho que no hiciera á usted esperar. Tiene grandes deseos de volver á verla.

JUL. También yo. Pero no la moleste usted si está ocupada en su tocado, porque ni nuestros propios maridos deben interrumpirnos en tales ocasiones.

REM. Quizá la señorita me reprenda si no cumplo su mandato.

JUL. La discreción se sobrepone á veces al cumplimiento del deber. No tengo prisa. Esperaré todo el tiempo que fuere preciso.

REM. Yo sentiría que la señorita pudiera aburrirse... ¡Ah! Si acaso la distrae saludar á un antiguo amigo en el despacho del señorito, está don Silvino... ¡el primo!

JUL. ¡Silvinito está aquí!

REM. Sí, señorita; siempre está metido en casa. Como es de la familia... El señorito no es celoso. Tiene en él mucha confianza porque,

como además, dice que es... así... Pero yo no me fiaría, á veces, los que son... así...

JUL. ¿Usted tiene motivos?

REM. De que es un mal hombre; sí, señorita. De que parece tonto y engaña.

JUL. ¡Malo! (Aparte.)

REM. El año pasado, cuando yo estaba en casa de los señores de García—donde yo le conocí... y á usted también ¿se acuerda?—me hacía el amor y me hacía unos versos que, la verdad, me gustaban mucho. Yo, claro, confié en él, y no porque yo sea fácil para confiar sino porque parece incapaz de una mala acción. Pues de la noche á la mañana desapareció, y ya ve usted que casualidad, ahora me lo he encontrado aquí en casa de mis nuevos amos, metido á todas horas. ¡Es un pillo, doña Julia! Yo necesito vengarme!

JUL. Bueno, mujer, bueno. (Aparte.) ¡Pobre chica!

REM. Con su permiso me retiro, sentiría molestarla...

JUL. ¡Anda con Dios!... (Aparte.) ¡Vaya con Silvinito! (Vase Remedios segunda izquierda.)

ESCENA II

JULIA sola

Por lo que acabo de oir es ese chico mucho más peligroso de lo que yo creía. Ahora me explico el por qué mi Enrique le hizo correr. Algo notaría. ¿Y ese es el primo que el esposo de mi amiga consiente en casa á todas horas, según dice esa muchacha? ¡Pues si fuera así Enrique con mi primo Julio! ¡Ah! Pero es que Julio es de lo más atrevido que se conoce. ¡Qué va á poderse comparar con Silvino! Este es tonto y luego será sinvergüenza. Pero el otro es sinvergüenza desde el primer momento. ¿Qué hará ese hombre ahí metido? ¡Si yo me atreviera! (Se acerca á la segunda derecha y mira.) ¡Está escribiendo!... Yo le llamo. ¿Y por qué no?... De-

jaría entonces de ser quien soy. (Llamando.) ¡Silvino!

SILV. (Dentro,) ¡Voy! (Se oye un ruido como de un objeto que cae, Julia al ruido mira y suelta la carcajada.)

ESCENA III

JULIA y SILVINO

SILV. (Sale por la primera derecha, en actitud de intranquilidad. En el pantalón blanco una gran mancha de tinta. Ambas manos, también manchadas de tinta. A Julia.) ¡Caranchi! ¿usted por aquí? Que sorpresa tan....tan agradable. (Se mira las manos y, volviéndose un poco para ocultarse de Julia, se chupa los dedos y se los limpia en la americana.)

JUL. Pero, hombre, ¿qué le pasa á usted?

SILV. (Soplándose los dedos.) Es que... que me he quemado y como dicen que las quemaduras se curan con tinta. . (Hace acción de que en el despacho metió los dedos en el tintero.)

JUL. Poco limpio es el medicamento.

SILV. ¡Cuando no hay otro! (Julia le vuelve la espalda para ocultar la risa.) ¡Demonio de Julia! ¡Vaya un susto que me dió! Creí que era Ramón, y como soy tan atolondrado... ¡Bueno me he puesto!... (Con el pañuelo se limpia la mancha, humedeciéndola antes con saliva. A Julia.) ¡Vaya! ¡No se ría usted más (Incomodado.), que no veo yo que la cosa tenga maldita la gracia. Me ha estropeado usted un pantalón y unos versos libres que estaba poniendo en limpio! (Saca del bolsillo de la americana un papel lleno de tinta.)

JUL. No serían para cosa buena, porque si no no se hubiera usted asustado así.

SILV. Eso es cuestión de nervios.

JUL. ¡Qué atrocidad! (Mirándole.)

SILV. (Transición repentina.) Pero vamos á ver, ¿cómo salgo yo así á la calle? ¿Qué dirán al verme de este modo? (Por la mancha del pantalón) ¿Qué digo yo?

JUL. Pues muy sencillo. Que se ha quemado us-

ted el pantalón y, como las quemaduras se curan con tinta...

SILV. Eso me parece una tontería.

JUL. ¡Milagro, hombre, milagro!

SILV. ¡Vaya! con su permiso me retiro. No es cosa de estar así y que pueda venir alguien. Bienvenida, ¿eh? Digo, bienvenida hasta cierto punto... ¡Ah! ya que ha sido usted culpable de todo esto, hágame el favor de no decir palabra.

JUL. ¡Concedido!

SILV. Muchas gracias. Voy, pues, corriendo á tomar un coche, que me lleve á casita. (Marchando hacia el foro.)

JUL. ¡Silvino! (Este se reune á Julia.) Al quitamanchas antes, al quitamanchas. (Vase Silvino por el foro.)

ESCENA IV

JULIA, en seguida TERESA

JUL. ¡Quien lo diría! Un ser inofensivo á primera vista, y según la doncella...

TER. (Sale por la primera izquierda.) ¡Mi querida Julia! (Se besan.)

JUL. ¡Mi buena Teresa!

TER. ¿Y tu esposo?

JUL. En las Salesas. No ha querido perder el informe de tu marido. Luego vendrán juntos. Ya sabe que le espero aquí.

TER. ¡Cómo me complace que hayas venido tan pronto á devolverme la visita! (Se sientan.) Dos años sin verte; cuando fuimos la otra tarde á tu casa fué muy poco el tiempo de que dispusimos para hablar de nosotras. Además delante de ellos. . Mucho me alegré el día que recibí tu carta anunciándome tu casamiento; pero hoy lo celebro más, puesto que destinado tu esposo á la guarnición de Madrid, á ello debo el tenerte á mi lado otra vez.

JUL. Así es, en efecto. Y mi alegría fué también

imponderable, cuando á la satisfacción que creí sólo de abrazarte se unió la grata sorpresa de verte entrar del brazo de un caballero que yo quería conocer y no acertaba. Gracias á que él, con más memoria que yo, recordó la amistad que con papá tuvo y... Pero mira, tengo que reprenderte ahora que nadie nos oye. Pase que no me haya podido enterar á su debido tiempo de tu matrimonio, puesto que hace más de un mes que salimos de Barcelona; pero eso de que no me hayas notificado antes tus relaciones... Eso no te lo perdono. Yo no me porté así contigo.

TER. Es que...

JUL. No hay disculpas que valgan. No te lo perdono. Con que dime, cuéntame: ¿que tal te va? ¿Estás muy contenta?

TER. Eso sí, mucho.

JUL. Es muy bueno, ¿verdad?

TER. ¡Un santo!

JUL. Mucho es, tratándose de un hombre; pero, en fin, pase porque ya he apreciado algo para aceptar ese calificativo.

TER. ¡Tú!

JUL. ¡Sí, Teresa! El marido que como el tuyo, simpatiza con el primo de su mujer y le permite visitar la casa á todas horas, si no es santo, va por buen camino.

TER. Luego, tú opinas...

JUL. Afortunadamente como opina Enrique, ó mejor dicho: Enrique como opino yo. (Intencionadamente.)

TER. Por lo visto es celoso.

JUL. Tanto como deja de serlo el tuyo.

TER. Yo no le doy motivos...

JUL. ¿No? Haces mal. La mujer debe buscar ocasiones para convencerse de si es verdaderamente amada, porque ¡valiente tonta! si juzga solamente por las palabras. Necesita pruebas. Si yo no buscara pruebas no sería feliz.

TER. ¿Y qué pruebas buscas tú?

JUL. Hija, vaya una pregunta. Una prueba se

busca de cualquier cosa. A puntapiés se encuentran. Vamos á ver, un ejemplo: Si tú quieres ir de paseo y él no te complace, ¿qué es lo que te dice para justificar su negativa?

TER. Que me llevará otro día. Que tiene un asunto urgente...

JUL. ¿Ves? La escuela de todos. Los asuntos importantes. ¡Qué pobres de ingenio son los maridos! No han inventado más que los asuntos urgentes. Bueno, ¿y tú qué le contestas?

TER. (Ingenua.) Yo, ¿qué he de contestarle?

JUL. De modo que tú tan satisfecha.

TER. Naturalmente.

JUL. (Sorprendida.) ¿Y no regañais?

TER. (Asustada.) Regañar nosotros... ¡Ni quiera Dios!

JUL. No me queda más que oir. ¿Pero, entonces, qué felicidad es la tuya? ¿Para qué te has casado? Pocos días llevas; pero créeme que con ese modo de ser, no han de pasar muchos, para que llegueis á Babia, capital del reino de los matrimonios sosos. Y por lo visto sois tal para cual. ¿El tampoco busca ocasión para chillarte?

TER. (Muy admirada.) ¡Nunca!

JUL. ¡Ay, qué genios! No comprendo cómo se pueda vivir en esa calma chicha. ¡Sobre todo, sin que tú le grites á tu esposo!

TER. Y para que voy yo...

JUL. ¡Cállate, cállate! ¿Para qué? No he visto otra cosa igual. Para que te quiera él más, para ser mas feliz. Cada disgusto aumenta el cariño en un cincuenta por ciento. En la vida tiene que haber siempre—esto es ley de Naturaleza—dos cosas diametralmente opuestas para poder apreciar en su verdadero valor el de una de ellas al establecer la comparación. Si no conocieras tú más que el frío; si á tu vista sólo se presentara el color blanco; si tu salud nunca se hubiese quebrantado; si sólo supieras llorar, ¿sabrías tú explicarme acaso, lo que es el frío, lo que es color, lo que es salud, lo que

es reir? Desengáñate, Teresa, que por igual razonamiento la felicidad tal como tú la entiendes, no puedes apreciarla como es debido.

TER. Pero, comprende... (Con vacilación y angustia.)

JUL. ¡No; si quien tiene que comprenderlo eres tú! Además, aunque esto sea menos filosófico, yo comparo el matrimonio con una máquina de vapor. Se le echa carbón, la presión de vapor aumenta. Ya anda la máquina, ya corre, ya vuela. ¿Se le echa menos? va más despacio. ¿No se le echa? Pronto se para. Venga más carbón. Ya está lista, ya anda, ya corre, ya vuela otra vez.

TER. (Como antes.) De modo que tú opinas...

JUL. Que en el matrimonio hace falta combustible, mucho combustible, para que el amor no se pase de repente.

TER. No te entiendo...

JUL. ¡Huy, Dios mío! ¡Qué pava te has vuelto! Yo no sé cómo podéis ser así... Oyeme bien y procura imitarme, porque de lo contrario vas á ser muy desgraciada. Al principio de yo casarme era lo mismito que tú, ¡muy sosa, hija! Y sentía una nostalgia, un «no sé qué», que no podía explicarlo y que el médico calificaba de fenómenos neurasténicos. «Paseos, muchos paseos al aire libre», me decía. ¡Qué paseos ni qué ocho cuartos! (Levantándose agitada.) ¡Peloteras era lo que yo necesitaba! ¡Verás! (Desde aquí acciona nerviosamente de modo que se comprenda desde luego que es el tipo perfecto de la mujer histérica.) Cierto día vino Enrique después de haber pasado el anterior de guardia en el cuartel. Yo me mostré con él malhumarado. Descontenta. Quiso acariciarme. Le rechacé.

TER. ¡Pero Julia!

JUL. Y... ¡oh, descubrimiento prodigioso! Conforme aumentaba mis desaires, conforme iba yo viéndole disgustado... sentía una mejoría deliciosa... un bienestar como ha tiempo no disfrutaba. Aquel era mi remedio. Fué una disputa violenta, una reyerta en toda regla.

El gritaba descompuesto. Yo no me dejaba dominar por sus gritos. Cruzáronse insultos... Y yo ¡cada vez más aliviada! Por fin, cuando pronuncié el preciso: «¡Es usted un monstruo, me iré con mis papás!» ¡si vieras lo bien que ya me sentía! Enrique se quedó de pronto con la cabeza ocultada entre ambas manos y de espaldas á mí, sentado en una silla. «¿Qué hará?», me preguntaba yo. Y la curiosidad, sólo la curiosidad, me llevó de puntillas á su lado. (Accionándolo.) Cogí entre mis manos su cabeza, la levante un poquitín y... ¿á que no aciertas? Y estaba llorando, Teresa, llorando por mi amenaza de abandonarle. ¿Te quiere así Ramón?

TER. (Levantándose.) ¿Pero es posible? ¿No me engañas? Llorar un señor capitán del regimiento de Dragones de la muerte?

JUL. ¿Te sorprende, verdad?

TER. ¿Y cómo no? Un hombre que lleva en el cuello esa calavera y esos huesos que no sé cómo siendo tú tan nerviosa, puedes mirarlos con tranquilidad... (Gesto de desagrado.)

JUL. Pues ese mismo; el que luce esas terroríficas insignias... y es más, el que, como todos saben, ganó entre los primeros la laureada de San Fernando en los campos de batalla, ese es el que llora íntimamente como un niño; porque adora á su mujercita, porque cuida más conservar hoy su cariño, que ayer cuidó de su vida.

TER. ¡Sí! (Con decisión.) Tienes razón. Ramón nunca me dió esas pruebas. No sabe otra cosa sino aburrirme con sus continuas zalamerías. ¡Gracias, Julia! Tú me has descubierto la verdadera dicha. Pero no es sola culpa suya. Lo es también mía, que nunca he buscado motivos para enfadarle. ¡Ah! Yo te prometo que Ramón llorará tambien. ¡Sí! Yo necesito que llore mucho, hasta que le diga ¡basta! para demostrarte que me quiere como á tí el tuyo. (Los puntos señalados así quiere indicar que Julia pretende hablar y Teresa lo impide.)

ESCENA V

DICHAS, RAMÓN y ENRIQUE. Ramón y Enrique por el foro. Enrique se adelanta saludando á Teresa, que rápidamente enjuga sus ojos y aparenta tranquilidad. Antes de entrar se le oye mandar á la criada

RAM. ¡Pronto, un vaso de agua! (Fijándose en Julia.) ¡Ah, señora, usted perdone! Traigo la garganta estropeada. (Se saludan. A Teresa.) ¡Absuelto, hija mía, absuelto!

ENR. Es el héroe del día. Esta noche no se hablará de otra cosa en todo Madrid. Un verdadero triunfo.

JUL. (A Ramón.) Mi enhorabuena más sincera.

ENR. La merece como nadie. Un crimen espeluznante, un acusado odioso, y sin embargo...

RAM. ¡Absuelto! Seis horas hablando sin descancanso. He consumido no sé cuántos vasos de agua. (Remedios sale con un vaso de agua, que Ramón bebe afanosamente.)

ENR. El triunfo de hoy, es de esos que sellan una reputación envidiable.

RAM. Verdaderamente, no esperaba yo tanto. Público, jueces, jurados, todos oyéndome con religioso silencio; pendientes todos de mis palabras, asintiendo mis declaraciones, aceptando mis argumentos, he tenido la fortuna de identificarlos tanto conmigo, que al mezclar oportunamente la nota sentimental en mi último párrafo, y antes de pronunciar el solemne *He dicho*, ya lloraban compadecidos del pobrecito asesino. Público, jueces, jurado, ¡todos lloraban!

TER. (Con afán.) Tú también, ¿verdad? Tú también llorabas.

RAM. (Muy admirado.) ¡Yo!... ¡Qué cosas tienes! Yo seguía hablando sin cesar. Un abogado no puede enternecerse... Entonces, ¡adiós defensa!

JUL. Pero Tesesa, ¿cómo quieres tú que el abogado defensor...

TER. No sé por qué no. ¿A que el capitán en su

caso se echa á llorar sin poderse contener?...

ENR. ¡Señora!

RAM. Vamos, no digas tonterías. El capitán quieres tú que fuera... Un bravo militar no llora nunca. ¿Pruebas quieres? Los únicos que permanecían impávidos, indiferentes al oirme, eran los dos guardias civiles. ¡No he podido con ellos!

ENR. En fin, si ustedes nos dan su permiso, Julia y yo nos retiramos. Usted tendrá que descansar.

RAM. Ojalá fuera así, que bien lo necesito, pero un asunto urgente..

JUL. (Aparte.) No me gusta este tío.

RAM. Los que vivimos del público no podemos nunca disponer de tiempo necesario para el descanso. (A Julia.) ¡Ah, si yo fuera capitán de dragones!...

JUL. Claro... entonces... (Aparte.) Ya te ajustaría yo las cuentas.

RAM. Sin embargo, como es justo que haga honor á mis nuevos amigos, festejando al mismo tiempo mi buena suerte de hoy, mañana, si ustedes aceptan un modesto almuerzo, dedicaré toda la mañana á ustedes.

TER. (Aparte.) ¡Y á mí nada!

ENR. Admitido. Yo por mi parte, disfruto mucho en esos banquetes íntimos. Y en cuanto á Julia...

JUL. Siempre contenta al lado de Teresa. Es mi mejor amiga.

RAM. Lo sé. Ella también la quiere de veras, y de usted me habló siempre con justo elogio.

ENR. Pues hasta mañana. (Despidiéndose de Teresa.) A usted también hay que felicitarla...

JUL. (Despidiéndose de Ramón.) Repito...

RAM. (Dando la mano á Enrique.) Quedamos en lo dicho, capitán.

TER. (A Julia.) ¿Qué te parece?

JUL. (Muy marcado.) *Carbón*, nada más que *carbón*, hija mía. (Vanse foro Julia y Enrique.)

ESCENA VI

TERESA y RAMÓN

RAM. Parece buena muchacha tu amiga. El también es un bello sujeto.

TER. Sí; ella es muy buena... muy feliz.

RAM. Como tú...

TER. ¡Sí! (Con trabajo.)

RAM. El capitán...

TER. ¡Ah! El capitán es muy sensible.

RAM. ¿Sensible?

TER. ¡Vaya!

RAM. ¡Bah! No será tanto.

TER. Me parece muy bien. ¿Vas á dudar de lo que yo hablo?

RAM. Mujer, yo...

TER. (Muy enfadada.) Y hasta á decir que soy una embustera.

RAM. Si no he dicho... (Se acerca cariñosamente á Teresa.)

TER. (Airada.) ¡Quítate!

RAM. (Sorprendido.) ¿Y qué es esto? ¿Puedo saber lo que te pasa? ¿Así es como celebras mi triunfo? Hoy que debías estar radiante de contento es cuando más disgustada estás? Anda, dime qué te ocurre. (Cariñoso.)

TER. (Rechazándole.) ¡No sé!

RAM. Pues si no lo sabes...

TER. ¡Sí lo sé!

RAM. ¡Vaya! Tú te has propuesto que pierda la paciencia.

TER. ¡Sí, señor!

RAM. Pues no lo has de conseguir. Ya sabes aquello de que cuando uno no quiere, dos no regañan. (Cariñoso.) Yo no quiero enfadarme con mi Tere-illa. La quiero yo mucho para...

TER. ¡No se conoce!

RAM. Cálmate, mujer. No seas nerviosa. ¿A qué viene todo esto?

TER. ¡Viene á que!... (Transición.) ¡Dios mío, qué desgraciada soy! (Llorando.)

RAM. (Aparte.) ¿Estaré soñando? Yo voy á perder el juicio. Mira, Teresa... (Cariñoso.)

TER. (Deja de llorar.) ¡Eres un monstruo! ¡Me iré con mis papás! (Volviéndole la espalda.)

RAM. (Algo incomodado.) ¡Por los clavos del Señor!.. (Teresa al notar el tono de enfado vuélvese á Ramón con cara más contenta. Ramón al verla así sonríe. Entonces Teresa vuelve á su anterior actitud. Aparte.) ¡Otra vez! ¡Pues estamos frescos! (A Teresa.) Yo te ruego, Teresa, que me expliques todo esto. Mira que me estás haciendo sufrir mucho.

TER. (Rápidamente.) A ver... á ver... (Le mira los ojos Pausa.) ¡Embustero!

RAM. (Aparte.) ¡Nada, que se me ha trastornado! (A Teresa.) Dime, ¿qué te sientes hija? ¿Estás mala?

TER. Eso es, búrlate además.

RAM. Si no es burla... Compréndeme. ¿Quieres que envíe al médico? Sí; eso será lo mejor. (Llama al timbre.)

TER. (Aparte.) Pues señor, se conoce que yo no tengo gracia para hacer rabiar. (Aparece Remedios segunda izquierda.)

RAM. ¿Ha venido Juan?

REM. Acaba de llegar.

TER. (De pronto.) ¡Pues que se marche otra vez! (Ramón y Remedios se miran sorprendidos.)

RAM. ¡Bueno, márchate! (Vase Remedios.)

TER. (Aparte.) ¡Qué sangre de horchata!

RAM. ¡Qué! ¿Te sientes mejor?

TER. Haz el favor de dejarme. ¡Vete! Ya que no sirves para entenderme, no sirvas para martirizarme. (Teresa está de nuevo sentada, volviendo la espalda á Ramón.)

RAM. Vamos, Teresa, acaba... (Movimiento de disgusto de Teresa.) ¡Ea! ¡Se acabaron las contemplaciones! ¡Esto es demasiado! (Con aire de mal humor coge una silla dando un golpe con ella en el suelo y se sienta de espaldas á Teresa ocultando la cabeza entre las manos.)

TER. (Al oir el golpe de la silla, vuelve la cabeza y con alegría al verle en aquella actitud.) ¡Ah! ¡Por fin!... Esa era la actitud del capitan. (Se acerca de puntillas, parodiando lo que hizo Julia. Llega junto á Ramón, le coge la cabeza, la levanta, le mira fijamente los ojos; les pasa la mano y luego se mira los dedos.) ¡Nada, ni una gota!... ¡Qué desengaño! (Separándose de Ramón, de pronto con alegría.) ¡Sí! (Mirándose un dedo.) ¡Un poquitín! (A Ramón, con cariño.) ¡Lloras, mi buen Ramón, lloras!

RAM. ¡Es claro, mujer!

TER. La pena verdad, la...

RAM. ¡Qué pena, ni qué niño muerto! (Limpiándose los ojos.) ¡El restregón que me has dado!

TER. ¡Eres muy cruel! No tienes corazón. Y si lo tienes, no te sirve para comprender lo que me pasa.

RAM. Corriente. Confieso mi torpeza, pero dime alguna frase que me oriente.

TER. No, eso no. Yo quiero que lo adivines... Un capricho... Un antojo.

RAM. ¡Ah!... vamos... ¡Gracias á Dios!... ¿Y por qué no has empezado por ahí?... Conque un antojito ¿eh? ¡Ahora si que me haces feliz!...

TER. No te entiendo, Ramón.

RAM. ¡Vergonzosilla! Ya me entenderás... Y ¿por eso estás así? Vamos, tonta. (Le hace una caricia.)

ESCENA VII

DICHOS y SILVINO entrando por el foro y sorprendiendo la acción

SILV. (Aparte.) ¡Zapatilla!

RAM. Hola, Silvino. A tiempo llegas.

SILV. Será para tí.

RAM. Acompaña á tu prima mientras yo voy á arreglar unos asuntos, para esta noche no tener que salir de casa ¡Adiós, mujercita mía! (A Silvino.) Distráela. La pobre está impresionada. Ha llegado á asustarme. Como es una niña... (Le habla al oído, figurando le explica lo que él se figura respecto á su mujer.—Vase foro.)

SILV. (Muy cómicamente al enterarse de la nueva.) ¡Atiza!

ESCENA VIII

DICHOS menos RAMÓN

SILV. (Aparte.) ¡Pero, hombre; pero, hombre, qué cosas pasan! ¡Vaya! ¡vaya! Y yo que traía los versos puestos, por fin, en limpio. Para versitos estará.

TER. (Paseándose agitada.—Aparte.) Esto es el colmo. Es decir, que él se va tan contento dejándome á mí triste. ¿Y por qué se habrá ido tan contento? No, pues esto es ya cuestión del que más pueda... Pero lo malo es que yo soy una torpe. En vez de enfadarle le alegro más. Pues no cejo. En último caso, consultaré con Julia. Poco he de poder ó...

SILV. Cálmate, primita, cálmate.

TER. ¿Calmarme? ¡Si tú supiéras lo que me pasa.

SILV. ¿Mujer, eso?...

TER. Claro, no es nada ¿verdad? En mi caso te querría yo ver.

SILV. ¡En seguidita!

TER. Si tú crees que no sea para desesperarse el que yo sóla esté sufriendo las consecuencias y él ¡tan tranquilo!

SILV. ¡Naturalmente!

TER. Pues no veo esa naturalidad. A él debía ocurrirle lo mismo que á mí.

SILV. Pero, chica que afán tienes de que á todo el mundo le pase lo mismo.

TER. A todos no, á él.

SILV. ¡Tú estás loca! Si eso es imposible.

TER. (Enfadada.) ¡Tú qué sabes!

SILV. ¡Demonio!

TER. Mira, voy á contarte...

SILV. (Muy cómicamente.) ¡No!.. ¡No me cuentes nada! No te complazcas en hacerme sufrir. Ya que no me quieras como yo te quiero...

TER. Vaya, hazme el favor de no empezar ya. No tengo humor ahora para oir tus majaderías. Y ten entendido, que si no cejas en tu empeño, me veré obligada á decírselo á Ramón,

para que no te permita volver á poner los pies en esta casa.

SILV. ¡Ay, primita, qué cruel eres! ¡Tú vas á ser la causa de que tu pobrecita tía se vista de luto!

TER. Te he dicho que no estoy para contemplaciones.

SILV. Pues no me contemples; pero ámame un poquito. Por tu cariño soy yo capaz de todo. Dime que quien nos estorba es Ramón y lo mato antes de cenar.

TER. ¡Silvino! (Con energía.)

SILV. Sí, antes; porque después podía hacerme daño la cena.

TER. Tú eres un tonto peligroso y habrá que escarmentarte.

SILV. Yo seré lo que tú quieras que sea. ¡Ingrata! ¡Después que te estoy escribiendo versos, sin dar paz á la mano y á la inteligencia!

TER. Ya te he dicho que todos los rompo.

SILV. Por eso te traigo otros. (Saca un sobre.)

TER. ¡Guárdatelos!

SILV. ¡Quiá! Para eso no los hubiera escrito.

TER. ¡Ah, qué idea! (Resuelta.) Trae.

SILV. ¡Toma! (Teresa coge el sobre y de él saca un papel que lee.) Fíjate qué sonoros y qué bien medidos están. ¡Once centímetros justos cada renglón!

TER. (Guardándoselos en el pecho.) ¡Muy bonitos!

SILV. Muchas gracias. ¿Te los quedas?

TER. ¡Sí!

SILV. ¿Te gustan?

TER. Ya lo creo.

SILV. ¿Voy adelantando mucho?

TER. Muchísimo.

SILV. Yo quisiera también adelantar contigo. Si tú fueras compasiva me otorgarías una gracia.

TER. ¿Cuál?

SILV. Un... un abrazo.

TER. ¡Habrá paciencia que te oiga!

SILV. Pues antes ya me los dabas.

TER. Eso sería antes de casarme.

SILV. Pues ahí está el mal. No sé por qué has roto

con la costumbre. ¡Anda, tonta! Hazte cuenta de que no te has casado todavía...

TER. Me vas á obligar á llamar á los criados. ¡Que venga Juan y te eche!

SILV. No, que no venga Juan, que ese es muy bruto.

ESCENA IX

DICHOS y REMEDIOS por la primera izquierda.

REM. Señorita.

TER. ¿Que hay, Remedios?

REM. La modista viene á ponerse á las órdenes de la señorita. La he pasado á su gabinete. (Señalando primera izquierda.)

TER. (A Remedios.) Pues tráeme del cuarto mi traje de seda y en mi gabinete te espero. (Vase Remedios primera derecha. A Silvino.) Hasta después.

SILV. ¡Chist... chist!... (Teresa, ya en la puerta, se vuelve. Silvino la hace señas de darla un abrazo y ella ríese y desaparece.)

ESCENA X

SILVINO y REMEDIOS, que sale primera izquierda con el vestido de seda

REM. (Rápidamente á Silvino.) A ver cuándo podemos hablar que si no voy á armar un escándalo. Ya sabe usted cómo las gasto yo...

SILV. Pero Remedios...

REM. Usted está haciendo el amor á la señorita. ¡Mal hombre!

SILV. ¿Y á tí que te importa? Para eso te lo hice á tí antes.

REM. ¿Que no me importa, verdad?...

TER. (Dentro.) ¡Remedios!

REM. ¡Voy, señorita! Ya se lo dirán á usted de misas! (Silvino pone gesto desagradable.)

ESCENA XI

SILVINO

¡Ay, pobre Silvinito! ¡Esto se complica! ¿Con que por lo visto estoy ya en capilla? Y es floja la sentencia, (Vuelve al gesto.) ¡de misas nada menos! ¡Maldita sea mi suerte!

ESCENA XII

SILVINO y ENRIQUE por el foro

ENR. (Saludándole desde la puerta.) ¡Caballero!

SILV. (Retrocediendo. Aparte.) ¡María Santísima! ¡Esta es otra!

ENR. (Fijándose) ¡Hombre! (Adelanta.)

SILV. (Aparte.) Ya me reconoció.

ENR. (Sorprendido.) ¿Usted por aquí?

SILV. No es por mi gusto ahora, no lo crea usted, don Enrique.

ENR. Por lo visto, se acuerda usted de mí.

SILV. Ya lo creo... Todavía .. todavía me acuerdo de la carrera que usted me hizo dar.

ENR. La verdad es que era usted ligero.

SILV. Y lo soy, sí, señor. Pues si yo no fuera ligero...

ENR. En fin, aquello pasó ya. Le perdono el mal rato que me dió usted el día que conocí á la que es ya mi esposa, con aquellos versitos célebres. Si le cojo á usted entonces le hundo de un puñetazo.

SILV. (Aparte.) ¡Qué bárbaro es este tío!

ENR. Pero en fin, dejémonos de eso. Usted es visita de la casa, ¿eh?

SILV. No, señor...

ENR. ¡No!... Entonces...

SILV. Digo, sí, señor. (Aparte.) Yo estoy envilo. (A Enrique.) Soy pariente.

ENR. ¿Pariente? ¿De quién?

SILV. ¡Toma!... Del dueño.

ENR. ¿De don Ramón?

SILV. No, de Ramón no.

ENR. ¿Pues de quién?

SILV. Digo, sí, también de Ramón.

ENR. ¿Pero se está usted burlando, señor mío?

SILV Verá usted, verá usted. Yo de Ramón no soy pariente, pero sí lo soy, porque se ha casado con mi prima.

ENR. ¿Es posible?

SILV. ¿Que se ha casado? Ya lo creo. No hará un mes...

ENR. ¡Vaya usted al demonio! Lo que yo me admiro es de que don Ramón le consienta á usted visitar la casa.

SILV. ¡Caballero! Yo soy una persona decente.

ENR. Usted será lo que todos los primos. Una amenaza constante.

SILV. Eso sí es verdad. Siempre estoy amenazado.

ENR. Me parece muy bien. Que confíe don Ramón en usted, que confíe. Primo de la mujer, ¿eh? Ya sacará usted las uñas. Que le deje á usted en casa hoy y mañana y pasado, y, ó mucho me equivoco, ó ya se lo dirán de misas.

SILV. Hombre, ¿también misas á él?

ENR. Me ha vuelto usted á ser muy poco simpático.

ESCENA XIII

RAMÓN, ENRIQUE y SILVINO

RAM. (Por el foro, dirigiéndose al capitán.) ¡Qué nueva sorpresa! ¿Usted por aquí otra vez?

SILV. (Aparte.) Por si fuera ésta la última oportunidad, yo me quito de enmedio. (Vase primera derecha.)

ENR. Sí, un suceso imprevisto. (Aparte.) Se ha marchado. (Buscando á Silvino.)

RAM. ¿Busca usted algo?

ENR. Ese primo que le cayó á usted del cielo.

RAM. Es un buen chico.

ENR. No me fiaría. En fin, ya hablaré á usted de

esto, porque le tengo declarada guerra á muerte á tales parientes. El objeto ahora único de mi venida, es decirle que al llegar á casa encontré una orden para mañana de un servicio inesperado en el cuartel. Por lo tanto, me he apresurado á venir á rogarle que por esta causa nos releve del honor de su atenta invitación.

RAM. Yo siento el hecho por lo que á usted moleste, en cuanto á mí, queda arreglado con aplazar hasta pasado mañana el agradable rato que he de pasar en tan distinguida compañía.

ENR. En ese caso, quedo doblemente agradecido á sus atenciones.

RAM. No hablemos de ello más.

ENR. Satisfecho, pues, y cumplida mi misión... (Alargando la mano.)

RAM. Tanta prisa...

ENR. Sí. Ya es tarde y...

RAM. Póngame á los pies de Julia.

ENR. Mi respetuoso saludo á Teresa.

ESCENA XIV

RAMÓN, luego TERESA

RAM. Algo me perjudica el contratiempo. Pero qué le hemos de hacer... En fin, voy á arreglar unos papelotes mientras llega la hora de la cena, porque esta noche no trabajo. (Vase por la segunda derecha. Antes de que desaparezca por completo asoma Teresa la cabeza por la primera izquierda.)

TER. ¡Ya está ahí! Veremos cómo resulta mi plan. Confío en que voy á matar dos pájaros de un tiro. Verle enfadado y verme libre de Silvino, que se ha puesto ya insoportable. (Deja la carta con los versos en el suelo y en el centro de la escena.) ¡Ajajá! Crereá que se cayó involuntariamente... Oigo pasos. El debe ser... (Desaparece primera izquierda, cerrando la puerta.)

ESCENA XV

SILVINO, luego RAMÓN

SILV. (Por la primera derecha, con precaución.) Hoy me escabechan á mí. No sé por qué noto un olorcillo á paliza. No me llega la camisa al cuerpo... (Vase hacia la puerta del foro como reconociendo el terreno.) ¿Se habrá marchado ya, ese de caballería... (Mirando á todos lados se fija en la carta que está en el suelo.) Canastos, mi... (Va á cogerla y sale segunda derecha Ramón leyendo distraído un papel.) ¡Anda, el otro! (No pudiendo coger la carta se pone sobre ella con los pies juntos, tapándola de este modo. Ramón avanza distraidamente y tropieza con Silvino, haciéndole perder el equilibrio, y para ganarlo de nuevo, consigue antes dar un pisotón á Ramón.) ¡Ay! (Quejándose.)

SILV. Per... Perdóname. (Mirando al papel que lleva Ramón en la mano.) ¡Santa Bárbara bendita! ¡El borrador de mis versos! (Se registra los bolsillos rápidamente.)

RAM. ¡Hombre! Iba en busca de Teresa á que me explicase lo que ha pasado en mi despacho, si es que lo sabe.

SILV. (Con miedo.) ¿Pues qué ha pasado?

RAM. ¡Una frioleral En primer lugar un manchón de tinta enorme... Entra, entra y verás.

SILV. (Aparte.) ¡Mira á quien se lo viene á decir!

RAM. Se me ha estropeado la mesa.

SILV. Y á mí el pantalón.

RAM. ¿Qué?

SILV. Que mi pantalón se me estropeó también á mí con tinta.

RAM. Y si solo fuera eso...

SILV. ¿Hay más todavía?

RAM. Sí; algo más incomprensible para mí. ¡Estas aleluyas!

SILV. (Aparte.) ¡Qué animal! Pues no las llama aleluyas.

RAM. Yo no puedo adivinar quién se haya dejado olvidado esto. Toma, entérate. (Le da el papel.)

A ver si lo entiendes tú mejor. ¡Es tan mala la letra!

SILV. ¿También la letra?

RAM. Entre ella y los borrones... (Silvino hace que lee) Mira, éste tapa por completo el nombre á quien el criminal dirige el trabucazo.

SILV. (Aparte.) ¡Oh borrón caritativo!

RAM. Lee fuerte, hombre. Ahí... (Señalando.)

SILV. Esto..

RAM. ¿No lo entiendes, verdad?

SILV. Pro...baremos. (Lee tembloroso)

«¡Oh, mi dicha, mi bien encantador,
qué es esto me pregunto y me contesto
yo mismo. Esto, esto, esto
es por tí, mi vida, profundo amor.»

RAM. ¡Qué enormidad! Trae, hombre, trae... ¿Pero quién dejaría esto sobre mi mesa?

SILV. ¡Quién sabe! Quizá la criada.

RAM. ¡La criada! Pues oye. Quizás aciertes. Serán de su novio, del aguador!

SILV. (Aparte) ¡Yo me muero!

RAM. Pronto vamos á salir de dudas. (Se dirige hacia la segunda izquierda. Silvino se agacha para coger la carta, y al oir á Ramón quédase en cuclillas.) Pero no, mejor será... (Ramón retrocede y toca el timbre.)

SILV. (Aparte.) ¡Me he lucido! (Sigue como buscando. Sale Remedios por la segunda derecha.)

RAM. (A Remedios.) ¡La señorita! (Vase Remedios primera izquierda. Se fija en Silvino y se pone en cuclillas á ver lo que busca, buscando él también. Por la primera izquierda aparece Teresa, quien, extrañada por la actitud de Silvino y Ramón, acaba también por buscar en igual forma lo que los otros. Silvino mira á derecha é izquierda. Hará un gesto cómico, y, levantándose algo, cae desmayado en brazos de Ramón, quien le sostiene y lo deja sentado en una silla que acerca Teresa.)

TER. ¡Remedios, Remedios! (Llamando.)

REM. (Al cabo de breve pausa.) ¡Señorita! (Por la primera izquierda)

TER. ¡Un médico! ¡Pronto! Don Silvino se ha puesto malo.

REM. (Acercándose y mirando á Silvino.) Eso no es

nada, señorita. Un desmayo. Ya sé yo el remedio. Verá usted. (Vase segunda derecha.)

SILV. (Aparte.) ¡Criminal! (Mientras tanto, Ramón, que habrá visto la carta, la habrá cogido y empieza á leer.)

RAM. ¡Qué es esto!... ¿Otra vez los versos? (Leyendo.) «A Teresa.» ¡A mi mujer! (Mirando la firma.) «Tu primo, Silvino.» ¡Miserable! (Teresa vuelve la cabeza y corre hacia Ramón sujetándole.)

TER ¡Por Dios, Ramón!

REM. (Sale con un jarro echando agua sobre Silvino.) Toma, mal hombre.

SILV. ¡Socorro!... ¡Socorro! (Echa á correr perseguido de Remedios, tirándole agua. Por el foro.)

ESCENA ULTIMA

RAMÓN y TERESA

RAM. Déjame, Teresa. Yo necesito vengarme.

TER. No, Ramón. El está bastante castigado. No creo vuelva á importunarme. Ahora tú perdóname á mí, que de todo esto tuve la culpa.

RAM. ¡Tú!

TER. Sí, yo, que he sido víctima de una sugestión. Julia fué el famoso hipnotizador. Yo su notable *medium*. Ella, en la entrevista de esta tarde, vino á decirme, y llegó á convencer, que no ama el hombre que no es celoso, que el matrimonio que no regaña no conoce el verdadero amor.

RAM. ¡Eso te dijo!

TER. Y yo, desde que así lo creí, he puesto en juego todo mi saber para que te enfades, para que te celaras, y, ¡por qué no decirlo! hasta para verte llorar. ¡Ah! Julia dice que esa es una gran prueba, prueba inequívoca de cariño sin igual. El capitán es así.

RAM. ¡El capitán!

TER. Y comprende el caso. Ella me presentaba á su esposo, como un superior tuyo en pasión á su mujer. Y yo quería decirla, era mi sue-

ño dorado: «¿Lo ves? También mi Ramón llora por mí.» Pero, no; renuncio á mi loca idea. Lo que á Julia causa ventura, labraría mi desgracia. No quiero que seas celoso, ni que llores, ni que te enfades nunca conmigo. Quiero seguir siempre como hasta ahora. ¡Esta es nuestra verdadera felicidad! Perdona, pues, mi pasado desvarío. (Teresa en brazos de Ramón.)

RAM. Sabes que nada puedo negarte; pero es ahora con la condición de que nunca pretenderás de nuevo querer cambiar tu dicha por la de alguna otra amiga cariñosa.

TER. ¡Eso, te lo juro! Pero asegúrame que se te pasó el enfado. (Cariñosa.)

RAM. Sí, Teresa. Mi enojo
se desvanece.
La tempestad con ellos
desaparece.
Gozosa el alma,
recobra ya su dicha
¡la dulce calma!

TELÓN

3 0112 117462322